



Por Pedro Navarro de Gea



Si, como dijo Honoré de Balzac, “no existe gran talento sin gran voluntad”, Enrique de Solís Tello (Sevilla, 1989) tuvo claro desde muy joven que lucharía por conquistar metas y subir peldaños. La palabra resignación no entra en el diccionario de este joven de impecables maneras y estilizada figura que no sabe quedarse de brazos cruzados. Aunque lleva en el corazón a su tierra natal (“más mía cuanto más lejana”, como aquel célebre verso de Cernuda), y vuelve a ella siempre que puede, supo que quería volar y sabe que del contacto con lugares y personas dispares y variadas nace la idea que fecunda, porque “en el contraste, en el conocimiento y en la apertura de mente es donde está la inteligencia”.

El cuarto hijo del marqués de la Motilla y de Carmen Tello ha unido su nombre a dos proyectos empresariales que llevan su impronta: la cadena One Shot Hotels y la marca de corbatas The Seèlk. Ambas firmas, en pleno proceso de expansión y consolidación, han establecido un nuevo concepto en sus respectivos sectores que refleja la dualidad tan propia de nuestro protagonista: pragmatismo y estética, una belleza sin afectación adaptada al vertiginoso ritmo de la vida.

Formado en Administración Internacional de Empresas y con el bagaje que le han aportado la mezcla de tradición y vanguardia, sus años fuera de España y el proceder de una de las familias de más abolengo de Andalucía, de Solís “se sale de la norma” y es inclasificable, porque le gusta la etiqueta y hace gala de una educación exquisita pero huye de etiquetas y clichés.

Deportista que, al igual que en otras facetas de la vida, gusta de ponerse retos y superarlos (corrió la media maratón de Valencia hace pocas semanas), amante del esquí, se siente igual de cómodo calzando unas zapatillas que vistiendo un traje de impecable hechura. En la red social Instagram comparte su visión esteticista de la vida. Aprendió que las tardes en grandes ciudades europeas y americanas son más enriquecedoras cuando se viven en los museos. Y es que él ya sabía apreciar esas creaciones artísticas: creció rodeado de ellas en esa Sevilla a la que siempre vuelve, porque “cuando voy sé que allí tengo una joya”.